

EL TORPEDO Y LAS FALDAS

Por

Pierre CHILI



EN LAS mujeres muchas cosas se acortan —me dijo mi amigo José Fernández—. Entre las muchas, se acortan las faldas y el pelo. ¿A qué se debe esto?

—Es abrumadora su pregunta, José Fernández —le dije—. Habría que hacer un estudio muy vasto, un curso completo sobre la indumentaria femenina a través de los tiempos; habría que remontarse a nebulosos siglos y comenzar por la hoja de parra. Piensa cuán erizada de inconvenientes es tu pregunta y cuán difícil una contestación precisa.

Mi amigo observaba el retrato de una dama con crinolina.

—Aquéllas eran señoras recatadas.

—¿Pero no te gusta la actual moda, José Fernández?

—Me agradan más las crinolinas que, como un "camouflage", disimulan el cuerpo— me repuso.

—¡Eres un tigre, José Fernández! Te gusta lo enigmático y lo secreto.

—No hago más que obedecer, como un mortal cualquiera, a males hereditarios que, como el pecado original, nacen con uno mismo. Estoy cierto de que nuestra lejana pariente, la de la manzanita del Paraíso, no hubiera pecado si no la indujera el dulce e incitante misterio de lo no conocido. Las mujeres de hoy son como el torpedo Whitehead.

—¿Cómo el torpedo Whitehead?

—En los torpedos Whitehead existía antiguamente un compartimiento llamado "la cámara secreta". Los fabricantes de estos torpedos los habían vendido a nuestra Armada a un precio muy equitativo, pero bajo la condición juramentada de que no se abriría la "cámara del secreto", la cual se hallaba sólidamente remachada. ¿Qué secreto sería aquél? ¿Qué cosa del otro mundo guardaría entre sus herméticas paredes aquel compartimiento brujo? Oficiales y marineros permanecían en éxtasis frente a aquellos torpedos, procurando adivinar el secreto que tan misteriosamente se ocultaba tras las impenetrables y cilíndricas envolturas. Estos aparatos bélicos llegaron a ser mirados como una especie de Pez Apis, de cabeza de pescado, de cuerpo esbelto, de cola rotatoria, que llamaba al culto idolátrico. Los fabricantes de esta divinidad pagana, años después, vendieron en muchos miles de pesos a nuestro gobierno el secreto que contenían en sus entrañas los torpedos. Se destapó la cámara bruja. Dentro de ella había un péndulo, unos platillos y unos resortes vulgares. Descifrado el enigma, el torpedo, el Pez Apis, se transformó en ordinario y corriente, perdiendo para siempre su nobilísimo prestigio y la muy alta estimación que se le tenía. Es el caso de las mujeres con faldas corjas.

—No hables en parábolas, José Fernández.

—Las honestas túnicas de nuestras antiguas damas ocultaban el sabroso miste-

rio de sus encantos. Pero hoy, al aire lo que las largas faldas disimulaban y lo que las cortas han evidenciado, no hay misterio, no hay encanto; todo es ordinario y corriente.

—Sin embargo, José Fernández. . .
No me oía.

—Descubierto el enigma, ha perdido su atractivo incitante.

—Sin embargo, José Fernández. . .

No me permitía formular indicaciones.

—Hoy miro a una mujer cual si mirara a un guardián de punto, bajo cuyo capote corto asomaran dos extremidades bien poco apetecibles.

Mi amigo miraba el retrato de la dama de crinolina.

—Estas pudorosas señoras, que no bailaban tangos, ni pasos de camello, conocían mejor que las mujeres de hoy el alma de los hombres. Con sus primorosos tapados encantos cazaban más zorzales que las de falda corta. Algo se reservaban. Las actuales no se reservan casi nada. Es una lástima. Los hombres debiéramos iniciar una campaña activa contra la deshonestidad de las modas contem-

poráneas. El Sexo Apis ha perdido su divinidad; se ha derrumbado el culto de los hombres.

José Fernández tiene de cuando en cuando estos arranques conmovedores. Y es convincente.

Días después lo ví en la calle. Como un fino perdiguero que siguiera un rastro, caminaba tras una polla de falda corta. Una armonía parecida a la que, según un viejo cuento, un andaluz, poniéndosele en jarra, le preguntara si su señor padre había sido tornero.

La torneada polla tomó asiento en uno de los escaños de la plaza. Mi amigo se sentó al frente. Sacó sus lentes. Los limpió. Los montó sobre sus narices y con fruición clavó sus miradas sobre las extremidades que las severas crinolinas taparan en los tiempos de nuestras castas abuelas.

—José Fernández —lo saludé—. ¿Qué tal los torpedos de la plaza?

—Otro defecto de esta perversa moda —me contestó muy serio, guardándose los lentes—. Los hombres formales nos vemos obligados a hacer estos papelones.

¡El puritano!

